

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 113

El cura Labarrieta informa a Calleja del ataque que dio Albino García a Guanajuato

Señor general. En mi carta precedente de 19 del corriente di razón a vuestra señoría de lo acaecido en esta ciudad cuando fue atacada por Tomás Baltierra, conocido por *Salmerón*; lea vuestra señoría ahora con lástima y admiración lo que sobrevino el martes 26 del mismo.

Aquel ataque fue precursor de éste, y la gavilla que lo dio compuesta según unos de trescientos, y de quinientos según otros, puede decirse avanzada del inmenso enjambre que la asedió antier. Así lo había dicho ella misma cuando se retiraba vencida, prometiendo volver pronto.

A las ocho de la mañana de ese día triste, se dejaron ver por todos los cerros de esta ciudad multitud de bandidos, calculados vagamente en *cinco mil*, a los que se les agregó casi toda la plebe nuestra, pues cerca de nosotros apenas se veían algunos en inacción. La reunión de ella hizo montar el cuerpo de *concusionarios* a diez o doce mil hombres, y ni era posible que con menos gente pudieran coronar las montañas tan respetablemente como lo hicieron. Eran comandados de varios capataces, pero los más conocidos eran Baltierra y Alvino García. Éste era el general que en el cerro de San Miguel daba órdenes, convidaba al resto del pueblo, y hacia tal cual descenso e incursión según le parecía. Venían pertrechados de un canon de a seis, y un pedrero; su fusilería era considerable, pues según el tiroteo llegaría o pasaría de trescientos fusiles, bastantes pistolas, cuchillos, lanzas y etcétera.

A las ocho comenzó la gavilla situada en San Miguel (cerro que está a la espalda de la casa que habitó vuestra señoría) a tirotear seguidamente y con algún orden, bien que sin

hacer mayor daño por la mucha altura y falta de puntería algunos de los de nuestra caballería de patriotas fueron con orden o sin ella a desalojarlos de aquella posición por el camino que llaman del venado; pero fuimos repelidos con pérdida de un caballo. Otra partida nuestra de infantería comandada por don Ángel de la Riva, quiso hacer lo mismo por la cuesta del *Espinazo*, y corrió la propia suerte con muerte del mismo Riva, y de otros cuantos, viniendo el resto a replegarse al centro de la plaza mayor.

Aquí estábamos casi todos los vecinos principales comandados por el conde Pérez Gálvez, y por don José Aguirre ayudante de plaza; digo casi todos, porque algunos más egoístas, y más miedosos que yo se han estado encerrados en sus casas en todas las alarmas, alegando ya enfermedades, y ya prerrogativas reales, como si cuando se trata del peligro universal pudiese haber privilegios; pero dejemos esto porque no trato de recordar a vuestra señoría la vigilancia de estos señores en guardar sus personas; sigamos el hilo de nuestra desgraciada historia.

Nos atacaron los enemigos siete veces, y por distintos puntos; en el del cerro del *Cuarto* pusimos un cañón que si bien nos defendió un algo, de ahí nos bajamos o por falta de municiones o por otra causa que yo ignoro. Replegada la mayor fuerza en la plaza, desde allí ocurrimos a los diversos aluviones. En el séptimo y último ataque trajeron los enemigos su cañón por la plaza de San Diego, y lo llegaron a abocar en la cruz verde. Dispararon a ese tiempo los nuestros que guardaban el cañón situado en casas reales, se arrojaron sobre ellos y se los quitaron. Esto, el haberseles acabado a los concusionarios las municiones, y la venida de la división de Silao que nos traían Reynoso y el padre Barros, de que se les avisó con sus avanzadas y espías, hizo que se retiraran y desfilaran por *Sirena*, *Carreras*, y *Cañada* y otras partes. No se puede decir que lea dispersamos sino que se retiraron.

La ciudad estuvo en gran conflicto, casi toda fue ocupada por los enemigos, quienes dando por ganada la acción subieron a los campanarios de San Francisco y San Juan y repicaron. Hicieron algunos saqueos en haciendas y casas; quemaron algunas en el barrio del Venado, y nos mataron alguna gente entre la cual merece una particular memoria y lágrimas el honradísimo y virtuoso don Mariano Zambrano, don Pedro Cobo, dicho la Riva, don Vicente Coterilla, don Juan Gutiérrez, don Manuel Alvarado y etcétera. Nos llevaron de los nuestros como cuarenta fusiles, algunas pistolas y sables... Todo estaba ya casi perdido, y yo persuadido de ella y ocupado de una convulsión general de todas mis arterias y miembros, me replegué a la parroquia, pero no solo; me acompañaron varios europeos y criollos que padecen la misma enfermedad que yo. Mi temor se aumentó porque se pidió en voz alta por la plebe de Valenciana que fue la peor, *mi cabeza*, la del señor intendente conde, Pérez Gálvez, y secretario Rocha, no quisieron los perversos quitar la de un ajusticiado que tres días antes pusimos en San Miguel porque esperaban ganar y reemplazarla con las nuestras. Vea vuestra señoría con tales noticias como estaría mi pobre espíritu. Los enemigos en fin se reunieron en la hacienda de Cuevas, de donde quitaron cuanto fierro había, y cometieron otros destrozos. Fueron a Salamanca a reforzarse, prometiendo volver al ataque. Desenterraron de Rancho Seco dos cañones que vuestra señoría tenía allí, y van llenos de orgullo y esperanzas de vencernos.

Pasábaseme decir que los ataques del enemigo duraron desde las ocho hasta la una de la tarde, es decir, cinco horas; ojalá que vuestra señoría u otro cualquiera militar hubiera presenciado la batería, hubieran confesado que fue sangrienta, tenaz y más terrible que la de Hidalgo. Es lástima que los hombres hayan abusado de la palabra, y acostumbrándose a abultar sus hechos por lograr elogios, pues con esto hacen dudosas las cosas. Sin embargo aseguro a vuestra señoría, con la ingenuidad que me es propia, que los apures y peligros en

que nos vimos, no se pueden dignamente explicar vuestra señoría meditando lo que yo le digo, y lo que circunstanciadamente le dirá el señor intendente, dará a las cosas el valor de aproximación, no el neto, porque para ello era necesario haberlo presenciado.

Yo no sabré decir a vuestra señoría con certeza quiénes fueron los que más se distinguieron en la acción de quitarle al enemigo el cañón, porque como estaba muy plegado y replegado, no lo vi; después he oído que muchos se han atribuido esta gloria, y otros no pudiendo atribuírsela a sí propios la aplican al que de sus amigos les parece mejor. Diré pues con absoluta certeza, que había varios patriotas en la plaza, unos de valor, otros poseídos de miedo que no podían huir, que ese acontecimiento feliz fue, o milagroso como aseguran los piadosos, o de pura contingencia como querían otros. Ello es que ni los unos quieren aguardar segundo milagro, ni los otros se confían en acasos. Prueba de esto es, que tratando los silagüenos de retirarse esa misma tarde, todos querían seguirlos y llevarse sus familias.

Conseguimos que nos dejaran la mitad y con esto se aquietaron los azorados. Yo era uno de los resueltos a fugarme, porque no me hallé capaz de resistir otro golpe, ni sirvo de cosa alguna. Para lo único que podía servir era para atraer al pueblo; más éste está tan rebelde, que sólo cederá a la bala y cordel; no hay esperanza, ni debemos equivocarnos ya en esta materia; el pueblo es un enemigo nato de nosotros, y si no se le avasalla hasta donde se pueda, somos perdidos. Ayer tarde nos vino la división de San Luis compuesta de 150 hombres, ninguna fusilería, pistolas y armas blancas. Con ellos hemos entrado en algún consuelo, o diré mejor en una como cesación del gran pavor que nos ocupa; pero no estamos enteramente confiados. Se nos ha dicho que viene por León Linares, yo no lo creo, más si fuere cierto tendremos consuelo.

No dude vuestra señoría que si no se nos auxilia con una división respetable se pierde esto en otro ataque, y de consiguiente toda la provincia; vuelven a insurreccionarse los pueblos, y de nada sirve lo trabajado. ¿Para qué me he de detener en hacer a vuestra señoría reflexiones sobre tal materia cuando sé bien como piensa, y que ninguna de cuantas yo pueda hacerle ordinarias y sublimes se le escapan? vuestra señoría ha clamado más que nosotros al gobierno para que nos guarnezca, le ha hecho ver la utilidad, el daño y etcétera no ha tenido ni se espera su verificativo, con que algún enigma habrá que yo no puedo comprender; apelaremos pues a la resignación.

Vinieron por fin los capitanes Linares y Quintanar con una división de seiscientos a setecientos hombres regularmente armados.

Guanajuato, noviembre 28 de 1811.— Fragmento de una carta del cura Labarrieta a don Félix María Calleja.

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Gisela Moncada González
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602